



**EL CHE
Y AMÉRICA LATINA**



SCHAFIK JORGE HÁNDAL

Schafik Jorge Hándal

El Che
y
América Latina

Intervención realizada en La Habana, Cuba,
el 1 de julio de 1988

I

Primero que todo, yo quiero pedir disculpas porque lo más seguro es que mi intervención no resulte muy sistemática, muy ordenada. No hemos tenido la posibilidad de prepararla, por razones obvias.

Quiero iniciar diciendo que nosotros celebramos la iniciativa de realizar este intercambio de reflexiones alrededor de la figura del Che, porque esta es una invitación a la búsqueda de todo lo que el Che significó y significa para el desarrollo de la lucha de los pueblos de América Latina, de su legado de revolucionario antiimperialista de convicción en la meta socialista: el Che personificación del internacionalismo; el Che anti-dogmático; el Che de la máxima consecuencia entre las palabras y los hechos. Todo eso es inspirador para un intercambio de reflexiones que abran respuestas pero también de nuevas búsquedas.

Con toda honradez y franqueza yo quiero decir que no fueron estas consideraciones las que hicimos en el momento de la caída del Che. Valoramos altamente su internacionalismo, su ejemplo de moral revolucionaria, pero estrechados por las concepciones dogmáticas y el rezago en que nos encontrábamos en cuanto a pensamiento revolucionario, nosotros no hicimos una valoración multifacética, íntegra, ni alcanzamos a ver en aquel momento toda la proyección del pensamiento del Che.

La lucha revolucionaria en que ahora estamos inmersos, el viraje de nuestro partido, es lo que nos ha ido llevando a comprender mejor todas estas facetas: las del Che como pensador y del Che como revolucionario en la acción.

II

No voy a repetir el inventario que Luis Suárez, Marta Harnecker y otros que han intervenido enriqueciendo este análisis han hecho de lo que permanece y de lo que no permanece del pensamiento del Che; de lo que sigue siendo en esencia igual y de lo que se ha modificado. Yo me adhiero a este inventario y quiero centrar la atención en reflexiones sobre algunos aspectos, sobre todo de cara a lo que es nuevo en el mundo de hoy y en la experiencia revolucionaria de hoy.

Aquí se ha dicho con acierto que el imperialismo ha desarrollado sus concepciones: que se inventó una estrategia para bloquear las revoluciones, la Estrategia de los Conflictos de Baja Intensidad, que recoge toda la experiencia del enfrentamiento del imperialismo con las revoluciones de América Latina, desde la Revolución Cubana; que incorpora elementos conceptuales de la Alianza para el Progreso que, surgió, precisamente, como un primer intento de dar respuesta y hacer contención al proceso revolucionario de América Latina; que incorpora también la experiencia de sucesivas victorias en contra de numerosos movimientos revolucionarios en América Latina, tanto de aquellos que empuñaron las armas durante un cierto período, como también de aquellos que buscaron vías, sin armas, para llevar adelante los procesos de liberación nacional y social, pasando no solo, como ya algunos en sus intervenciones lo han dicho, por la experiencia de la Guatemala de Arbenz, del Chile de Allende, del Perú de Velasco Alvarado. Pasando por todas esas experiencias en América Latina y, sobre todo, deduciendo de la experiencia más trágica y conmovedora del imperialismo, la derrota en Vietnam, los estrategias del imperialismo norteamericano lograron elaborar

una concepción en que se integran los elementos políticos y militares, buscando en ambos casos dejar sin motivaciones la lucha revolucionaria, dejar sin eficiencia la lucha armada.

El Che, en su Manual de Guerra de Guerrillas, decía que frente a un gobierno constitucional, o por lo menos que lo aparentara, no era posible iniciar la lucha armada. Esta afirmación del Che reflejaba que las motivaciones de aquel tiempo para la revolución, estaban vinculadas a un determinado nivel de violación de las libertades democráticas, a la existencia de regímenes tiránicos, a un problemático nivel de vida, es decir, a problemas políticos y sociales muy gruesos e impactantes. Por eso, la estrategia del conflicto de «baja intensidad», elabora un esquema en el que en su nivel político hay un gobierno de centro que aparenta estar entre la extrema izquierda y la extrema derecha; un gobierno que pone en marcha un proceso de «democratización», un gobierno que hace reformas socioeconómicas e invita a incorporarse a ese proceso y desmotivar la necesidad de lucha revolucionaria.

Es cierto que El Salvador ha sido un laboratorio de experimentación de esta estrategia. Pero el resultado es muy, muy negativo para el imperialismo y su estrategia de Conflicto de Baja Intensidad. Resultó, en la práctica, que las masas también han evolucionado en su pensamiento y son capaces de percibir motivaciones mucho más profundas, mucho más raigales, que no están en la superficie, para incorporarse al proceso revolucionario.

Si siguiera vigente como verdad que las motivaciones para la revolución deben ser similares a las que recogió en su tiempo el análisis del Che, de que tiene que haber necesariamente una dictadura cavernaria, sin ningún barniz constitucional democrático para que el pueblo se levante, no sería posible la

Guerra Popular Revolucionaria que desde enero de 1981 se libra en El Salvador. La experiencia que nosotros estamos viviendo en El Salvador dice totalmente otra cosa.

Allí hubo gobierno «centrista» como instrumento de esta estrategia de «baja intensidad»; allí hubo reformas –reforma agraria, nacionalización de la banca, nacionalización de una buena parte del comercio exterior– y, además, se permitió seguir por el camino de esas reformas. Cuando esto se hacía fue que justamente estalló la guerra revolucionaria. Pero junto con todo eso, el enemigo profundizaba su esfuerzo represivo por destruir la revolución, por aplastar la revolución, por aniquilarla físicamente. En ese marco, estalló la guerra desplegada en nuestro país, puesto que acciones armadas venían haciéndose e incrementándose desde comienzos de los años setenta. Yo me estoy refiriendo aquí al estallido de la guerra revolucionaria.

Dejaría hasta aquí mi reflexión, la cual resumiría de la siguiente manera: las motivaciones capaces de elevar a los pueblos ahora a la lucha revolucionaria son más profundas, más raigales que antes; los pueblos son capaces de percibir las aún bajo una cobertura «de constitucionalidad», pseudo-democratización y reformas. Esto subraya que la revolución, a pesar de las opiniones de algunos teóricos, incluso de nuestro campo, sigue siendo una ley del desarrollo social, que no se la puede domesticar, ni se la puede evitar.

III

Durante este decenio, que en Centroamérica se inicia con el triunfo de la Revolución Popular Sandinista –aunque esta triunfara a finales del decenio anterior, el hecho incuestionable es que los años ochenta en nuestra región están precedidos

por esa victoria revolucionaria- se ha desarrollado la guerra revolucionaria en El Salvador y ha continuado desarrollándose la lucha armada en Guatemala y se ha agudizado el enfrentamiento con el imperialismo norteamericano en todo el istmo centroamericano, incluido Panamá y Honduras. También en países de Suramérica se ha profundizado la lucha revolucionaria, en Colombia y en otros países. Yo no pretendería hacer un balance de todo el continente, estoy concentrándome más en Centroamérica y pido disculpas si hago valoraciones de algunos procesos revolucionarios en otras partes del continente. Pero deseo referirme a que durante esta misma década, surgieron los gobiernos democráticos en algunos países del Sur; y unos más y otros menos, se encuentran enfrentados, después de un lapso relativamente breve, a un grave desgaste.

Este es otro subrayado de la misma conclusión, de la misma reflexión que hacía antes: no puede haber justicia social verdadera; no puede haber democracia verdadera; no puede haber autodeterminación real, sin realizar profundas transformaciones y, en primer lugar, sin que se produzca el traspaso del poder a las fuerzas que efectivamente representan lo nuevo, que representan el porvenir, a las fuerzas que representan el progreso social, a las fuerzas populares, a las masas trabajadoras, a las capas medias, a la intelectualidad progresista, a las fuerzas democráticas más consecuentes con los intereses y aspiraciones de las grandes mayorías.

Esto, como ya se ha dicho aquí, fue y sigue siendo una verdad «cheista», una verdad «fidelista». Aun en la experiencia de estos gobiernos democráticos -que por cierto, dan aportes importantes en el proceso general de la lucha antiimperialista- y aun siendo así, el desgaste a que están sometidos, la rapidez de los ritmos de su desgaste, subraya que no puede haber

satisfacción de la demanda histórica, solución a todos los problemas, si no es por vía revolucionaria.

Lo que está pasando en todo el continente ahora, si se revisa un país tras otro, es que el hemisferio se va cargando de revolución. Centroamérica es el centro, ahora, de la revolución en el continente. Se ha mantenido durante un período inusitadamente largo como centro de la revolución en este lado del planeta.

Ahora bien, se trata de un proceso revolucionario que no enfrenta nada más a un enemigo superior en fuerzas y experiencia, que pone en juego recursos mayores –en el caso de El Salvador sobrepasan ya los 3 mil millones de dólares de inversión para contener la revolución sin ningún éxito– un enemigo, encabezado por la administración más ideológicamente contrarrevolucionaria y más agresivamente contrarrevolucionaria de los Estados Unidos durante mucho tiempo, sino que, además, es un proceso revolucionario que se desarrolla en un mundo que en su conjunto, que se ha hecho más complejo, en el que han cambiado muchas cosas.

El mundo, ciertamente, se ha hecho muy interdependiente, pero, al mismo tiempo, y refutando las conclusiones simplistas de algunos teóricos de nuestro campo que recomiendan renunciar a la idea de romper la dependencia porque, supuestamente, esta sería una especie de locura, de tontería, encontramos que la experiencia, no solo de las revoluciones sino también de los regímenes burgueses democráticos de América Latina, demuestra, de una manera más irrefutable, con mayor fundamento que en ninguna época del pasado, que hoy es una verdad no erradicable, que no puede haber desarrollo sin autodeterminación, que debe romperse la dependencia pero, manteniendo la interdependencia en el mundo, la

interdependencia del desarrollo de las fuerzas productivas, la integración de las fuerzas políticas, el tremendo desarrollo de la comunicación, etc., etc., en el mundo de hoy, pero no puede aprovecharse en interés de cada pueblo esta avanzada realidad del desarrollo mundial, sin el ejercicio de la autodeterminación.

Y esto que aparece contradictorio, es una verdad, porque todas las verdades son contradictorias. Esta es la dialéctica del mundo actual. No puede ser de otro modo. Para el Tercer Mundo y, particularmente, para América Latina no puede haber desarrollo socioeconómico, ni justicia social, no puede haber democracia, sin autodeterminación.

Ahora que el mundo es más interdependiente está más en el orden del día del Tercer Mundo la ruptura de la dependencia, la derrota del imperialismo, la liberación nacional que, inevitablemente, tiene que derivar en revolución social, en transformación social, porque no podría tampoco sobrevivir de otra manera. Es esto lo que explica el desgaste de los gobiernos que no van hasta la revolución social, por más que hayan traído el alivio de la democracia, de las aperturas políticas y de la reducción de muertos, de víctimas de la represión.

Resulta claro que yo no he venido aquí a polemizar sino a reflexionar un poco. Pero resulta que en Panamá está poniéndose a prueba esta reflexión: ¿Cuánto puede mantenerse el proyecto nacionalista, la defensa de la autodeterminación aún con todo y ese ejemplo de firmeza del pueblo, con toda esa vocación patriótica de soberanía que el Gral. Torrijos plantó en el ejército? ¿Cuánto puede mantenerse sin trascender los linderos detrás de los cuales hay que avanzar por los caminos de la transformación social?

Con cualquier ideología, no adhiriéndose necesariamente al marxismo leninismo, ni poniéndose como meta el socialismo

–visto esto como proceso objetivo–, por lo menos a mí me parece que lo que se está poniendo a prueba en Panamá es eso, y no es casual que la defensa panameña radique en el creciente acercamiento y ligazón con las masas populares y con sus intereses. Si tal orientación se mantiene y se consolida, va a signar ese proceso, le va a imprimir, sin duda, nuevos bríos y perspectivas.

IV

Nuestra lucha en El Salvador está acercándose al final precisamente porque logramos liberarnos, en una medida considerable, del dogmatismo y del ideologicismo. Nosotros pudimos adaptarnos prontamente a los cambios de los planes militares y políticos del enemigo. Pudimos darle respuesta a uno tras otro de sus planes. Hemos derrotado ya, sucesivamente, cuatro planes estratégicos del enemigo y, ahora, sus posibilidades se están prácticamente agotando. Eso pudimos hacerlo, repito, porque supimos desligarnos, en gran medida, del dogmatismo y empezar a entender las condiciones del mundo de hoy y las condiciones del continente de hoy, empezamos a entender que la guerra revolucionaria, la revolución en las condiciones actuales tiene que ser, necesariamente, una combinación de la lucha de masas y también de la lucha diplomática y de la negociación.

Los revolucionarios salvadoreños, y creo que todos los revolucionarios centroamericanos, en primer lugar los compañeros sandinistas, hemos aprendido mucho de la Revolución Vietnamita. Es cierto que aprendió el imperialismo pero también es cierto que aprendimos nosotros, aunque sin hacer una copia mecánica de esta experiencia, porque, por

ejemplo, en el caso de los compañeros vietnamitas, el elemento negociación entró a los finales, mientras en el caso nuestro entró desde el comienzo de la guerra. Nosotros estamos levantando la bandera de la negociación y del diálogo desde 1982, y desde 1984 logramos encuentros de diálogo concretos.

En aquel tiempo quien hablaba de diálogo y negociación era acusado de ser agente del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Ahora está hablando todo mundo de diálogo y de negociación en El Salvador, incluso la extrema derecha, los mismos que sostenían la tesis de que «negociación es traición». Ahora también ellos están planteando la necesidad del diálogo y la negociación tratando de cooptarlo para cosechar frutos políticos coyunturales, pero, en buenas cuentas, retrocediendo de sus posiciones iniciales.

La lucha se ha hecho más complicada, más compleja. Hay que combinar todas estas dinámicas, hay que tener claridad de que la lucha armada se da en medio de todas estas dinámicas, que son varias: la de la lucha armada, la de la lucha de masas reivindicativas de los trabajadores, la de la lucha política propiamente tal a nivel de partidos, la lucha diplomática y la negociación.

Frente a esto, el enemigo nos opuso su política de las elecciones como expresión del «gobierno democratizador», del «gobierno de centro» pero combinando la lucha armada con las otras dinámicas que mencioné, terminamos rompiendo también ese esquema electoralista.

Las últimas elecciones –las de marzo– significan un grado de reversión en el papel de su resultado para el proyecto contrainsurgente y metieron al régimen y a todas las fuerzas de poder en una crisis profunda, de la que no terminan de salir y de la cual les será muy difícil salir.

Nosotros hemos aprendido que hay que tener claridad de que la lucha armada es, entre todas, la dinámica que juega el papel principal. En 1981, después del primer esfuerzo (el alzamiento del 10 de enero), el régimen redobló la represión, que ya era muy profunda desde octubre de 1979. El movimiento popular en la capital y demás ciudades importantes prácticamente desapareció. Solo el desarrollo de la lucha armada y la construcción del ejército revolucionario, a partir de toda aquella energía social que había desatado la situación revolucionaria de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, pero que no pudo triunfar; y el hecho de que nos hayamos lanzado el 10 de enero para iniciar la guerra revolucionaria, permitió que dos años más tarde los golpes en el terreno militar logaran reabrir un espacio para el resurgimiento del movimiento popular en las ciudades, incluso en sus formas tradicionales: con los sindicatos legales, las organizaciones campesinas legales, las asociaciones legales y de hecho.

En la medida en que el «conflicto de baja intensidad» obligó al imperialismo a disputarnos a las masas, a guardar imagen internacional y asegurarse que en los Estados Unidos haya acuerdo de los dos partidos principales para llevar adelante la guerra, en esa medida se busca a las masas para tratar de llevárselas a su lado.

La lección de Vietnam, traducida por los estrategias yanquis –que es una manera benévola de traducir dicha lección– de que ellos perdieron la guerra no en Vietnam sino en los Estados Unidos, porque se rompió la unanimidad en el apoyo a esta y que ello no debe repetirse, los ha llevado a la instalación de gobiernos títeres con imagen centrista y democrática, que sean capaces de aportar fundamento para la unanimidad entre las fuerzas principales del poder en los Estados Unidos.

Por supuesto que la derrota de la guerra de Vietnam la sufrieron los imperialistas en Vietnam, y la división de la opinión en los Estados Unidos fue una consecuencia de la lucha de los compañeros vietnamitas.

La respuesta que el imperialismo dio a esa lección resulta que también está en derrota en El Salvador.

En efecto, el «gobierno de centro» está en crisis; el gobierno demócrata-cristiano, el Partido Demócrata Cristiano está dividido; el debate político entró a las filas del ejército; la concepción de la «guerra de baja intensidad» no goza ya de prestigio, ni entre los militares, ni entre la burguesía y en niveles de la alta dirección del poder en los Estados Unidos también empiezan a diferenciarse las opiniones.

V

He querido traer a cuenta la experiencia de Vietnam y todo lo que nos aportó y nos aporta, no solo por hacer un justo reconocimiento a ese aporte, sino porque también fue un mérito del Che el ver en la experiencia de Vietnam lo nuevo que allí ocurría. Su consigna de «uno, dos, tres Vietnam», llevaba implícita la idea de hacer algo como lo de Vietnam, que era la guerra de todo el pueblo. El Che no llegó a desarrollar toda la concepción, la teoría fundamentadora de esa consigna. Es probable que no tuviera la oportunidad de estudiar minuciosamente y a fondo, como sí la hemos tenido después los revolucionarios latinoamericanos y sobre todo de Centroamérica, de estudiar un poco más detenidamente esta experiencia.

Pero él se adelantó, como se adelantó también en los terrenos de la construcción de una nueva sociedad, la sociedad socialista, en atisbar algunas cosas. Se adelantó a criticar el modelo de socialismo con el que se encontró en la URSS y en los demás países de la comunidad socialista.

Independientemente de que la crítica sea exhaustiva o no, de que acertó o no en tal o cual aspecto, adelantarse a poner en duda y a criticar aquello desde posiciones de asegurar el avance hacia el comunismo, fue un gran mérito indudable del Che.

Así el Che nos legó una profunda enseñanza: el espíritu y el enfoque crítico. Esto se encuentra en el orden del día ahora en el URSS. Se requiere allí un espíritu crítico, se pide, se demanda, se promueve. Aquí en Cuba se ha iniciado por Fidel un proceso de rectificación, a partir del espíritu crítico y de la opinión crítica «cheista».

VI

No es esta la ocasión para reflexionar acerca de las virtudes de uno u otro esquema de rectificación, de solución de algo que debemos llamar por su nombre: la crisis estructural de un modelo de socialismo que no demostró su eficacia en el transcurso de los decenios. Por cierto que de esto se derivan otras complicaciones para los revolucionarios de hoy que exigen creatividad.

Simplistamente, hay quienes dicen: «como de esta situación se derivó un retraso tecnológico y un debilitamiento económico en los países socialistas, entonces no son recomendables más revoluciones, porque no podemos sostener económicamente nuevos países en transformación». Hay quienes dicen eso.

Pienso que estas son expresiones de un pensamiento simplista, no crítico, que no incursiona, que no busca. Por consiguiente se nos plantea a los revolucionarios una problemática que podría expresarse de la siguiente manera, sin pretensiones de que esta sea una formulación científica y acabada: nosotros hemos vivido la experiencia de lo que podríamos llamar las revoluciones cercadas, descuajadas del conjunto de las relaciones políticas y económicas del mundo capitalista e insertadas exclusivamente en el campo de las relaciones con el mundo socialista. Esto corresponde a una época del desarrollo de las relaciones internacionales y de las fuerzas productivas mundiales, del desarrollo de la revolución y de la crisis del imperialismo.

Con la Revolución Popular Sandinista empezó a ocurrir un fenómeno un poco nuevo, sin que hasta hoy, según yo pienso, haya sido teorizado totalmente: el de la revolución que trata de encontrar una inserción en las relaciones políticas y económicas del mundo actual en su conjunto (capitalista y socialista). Esta es una necesidad que se deriva de la misma naturaleza compleja de la estrategia revolucionaria actual en las nuevas condiciones que vive el mundo.

Si vamos a combinar la lucha armada con la lucha política, con la lucha diplomática y con la negociación, y si vamos a apelar a distintas fuerzas sociales y políticas dentro del país, a distintas fuerzas internacionales –que no son solo ya los pueblos– debemos tomar en cuenta que ahora se ha abierto una nueva dimensión y se puede apelar también a la acción de gobiernos, aun de algunos que están bastante distantes de poder llamarse revolucionarios; pero estos entran en el juego en la medida en que todo está interrelacionado y en la medida en que en este mundo las contradicciones también se han

multiplicado. Es un mundo que tiene asimismo una tendencia a hacerse multipolar y que genera, ya en la esfera económica o ya en la esfera política de las relaciones internacionales, espacios que son objetivamente útiles y posibles de aprovechar en beneficio de esta compleja estrategia revolucionaria.

De lo dicho en último término se desprende que estas revoluciones deberán tener, desde antes de la toma del poder y sobre todo después, una inserción en el conjunto de las relaciones internacionales. Pero de esto también se desprenden peligros a los que ya aludía Abreu. La meta es el socialismo, sigue siendo el socialismo.

¿Cuánto podremos nosotros realizar en esa inserción y, al mismo tiempo, asegurar el despegue del capitalismo al socialismo y no quedar atrapados en las redes del neocolonialismo?

Tal es el problema. Pero hay que hacerlo y debemos inventar nuevas cosas, nuevas vías, nuevas maneras de resolverlo. Es decir, si la revolución ha de triunfar no puede ser ya la revolución cercada. Repito: esta formulación no puede ser científica, se puede tomar o no, se puede buscar una más depurada. Tiene que ser una revolución insertada desde antes de la toma del poder y después de la toma del poder.

Debemos tomar conciencia de que no fuimos educados en esa idea y en esa experiencia y de que la revolución cercada tiene una serie de consecuencias: no goza de acceso a la tecnología, primera consecuencia. Tiene que reposar, para su defensa, en la construcción de unas fuerzas militares muy grandes y, sobre todo, de una ideología muy avanzada. Esto tiene sus virtudes pero también sus limitaciones.

Impone muros que no dejan ver lo nuevo que surge en el mundo y en el país propio.

Yo, personalmente, tengo una larga militancia y los inicios de mi militancia comunista se desarrollaron en los tiempos florecientes del estalinismo. Nosotros estudiábamos, sobre todo, las obras de Stalin. Recuerdo por ejemplo, que Stalin y otros teóricos sostenían que la ciencia y la tecnología más avanzada del mundo era la que se desarrollaba en la URSS. Eso no era objetivo. Era un recurso ideológico para galvanizar la defensa de la revolución cercada, agudamente cercada, agredida. Pero no era verdad. Y aunque tuvo virtud en ese sentido, no permitió mirar a través de aquellos vetos, no permitió ver lo nuevo que estaba desarrollándose en el mundo, ni permitió trazar a tiempo una política para romper el muro. Mucho menos después de la muerte de Stalin los enfoques cerrados no permitieron percibir a tiempo la revolución científico-técnica y condenaron a la economía soviética a un sólido estancamiento que es uno de los elementos que están a la base de la actual crisis del socialismo soviético.

El mundo actual exige nuevas elaboraciones. El reto que tenemos planteado es el siguiente: ¿cómo insertarnos, mantener esa relación mundial con pueblos, con gobiernos, con fuerzas políticas que ahora inciden en el proceso internacional y asegurar el despegue hacia el socialismo?

Esa es otra reflexión que yo quería dejar aquí. Los compañeros sandinistas han avanzado en ese terreno escabroso, difícil, peligroso. Hay que analizar cada experiencia como un hecho nuevo, y hay que teorizar sobre el mismo. Como siempre, la práctica va delante de la teoría.

VII

En este mundo nuevo hay más cosas nuevas. Resulta que renació el latinoamericanismo que estuvo hundido durante muchas décadas. Esto es nuevo. Pero, ¿qué es lo que hizo renacer el latinoamericanismo?

Es cierto que todos los países latinoamericanos se encuentran abrumados de problemas tan grandes como el de la deuda externa, no tienen posibilidades de desarrollo. Se ven obligados a buscar algún espacio, incluso los gobiernos burgueses de derecha, para resolver problemas del desarrollo y aun de la sobrevivencia, de la estabilidad económico-social y eso los lleva a chocar con el imperialismo. Esto es cierto y viejo, pero ¿cuál es el factor que la hace posible resurgir al latinoamericanismo? Tengo la convicción de que la respuesta es el proceso revolucionario centroamericano. Alrededor de este proceso surgió el Grupo de Contadora y luego el Grupo de Apoyo. En el marco de este movimiento se busca un camino de negociación que impida que el imperialismo invada Centroamérica y que refuerce su dominación sobre todo el continente, se va configurando asimismo una mentalidad latinoamericanista.

Aunque tengamos muchas críticas que hacer a una serie de gobiernos de América Latina, al mismo tiempo se precisa conjugar el latinoamericanismo dentro de la estrategia de fuerzas revolucionarias y de todas las fuerzas democráticas en nuestro continente.

Hay más cosas nuevas: lo que está ocurriendo en los Estados Unidos, entre el pueblo de este país. Se están reagrupando las corrientes progresistas en los Estados Unidos. Ese fue un

legado de Vietnam, pero que, luego se dispersó. Ahora la crisis social norteamericana, la pérdida creciente de la hegemonía económica y tecnológica de Estados Unidos, el impacto del proceso revolucionario en el Tercer Mundo y el impacto de la perestroika soviética aportan al reagrupamiento de las fuerzas progresistas en Estados Unidos. El hecho es que ha surgido este proceso y se puede contar con él. Nosotros lo hemos venido percibiendo haciendo experiencias en Estados Unidos en el terreno de la solidaridad. Ya no se trata de la solidaridad expresada solo en términos de protestas en las calles, de manifiestos; y no se trata tampoco solo de internacionalistas que se nos unen para combatir en nuestros frentes de guerra; se trata también de que distintas formas de acción popular en El Salvador son acompañadas por la presencia de nutridas delegaciones de organizaciones y de sectores populares de los Estados Unidos –religiosos unos, otros no– que hacen acto de presencia allí, en las calles y que van al frente junto con las masas que tratan de regresar a las zonas de donde han sido desplazadas por el ejército después de realizar grandes matanzas. Son formas nuevas de una solidaridad militante.

Con relación al fenómeno Jackson –independientemente de la opinión que uno pueda tener respecto al mismo Jackson, de sus motivaciones y de sus posibilidades– es un fenómeno que expresa ese reagrupamiento.

Es decir, que la lucha antiimperialista ha penetrado a la misma ciudadela de la retaguardia del imperialismo; y ya no va a ser fácil dispersar de nuevo a las fuerzas democráticas y progresistas en los Estados Unidos, como se las dispersó después de la Segunda Guerra Mundial, en tiempos de la guerra fría, con el macartismo y todas esas cosas.

VIII

Bien yo no voy a alargar mi intervención. Realmente, la lista de asuntos sobre los cuales hay que reflexionar no es corta. Aquí ya se han hecho muchas reflexiones: sobre la unidad de las fuerzas revolucionarias, elemento indispensable, que puede tener distintos matices y variaciones. No voy a repetir todo eso que se dijo. Por último, voy a referirme nada más que a un problema.

El mundo ha llegado, junto con todo su progreso tecnológico, con todo su desarrollo, también al borde de las posibilidades de su autodestrucción. La carrera armamentista nuclear lo ha confrontado al problema de la sobrevivencia, y ha puesto en el orden del día, más que en ninguna otra época, la necesidad de hacer una gran lucha por el desarme, por impedir la confrontación nuclear. En esto, como siempre, la URSS, el PCUS han hecho grandes aportaciones, siguen manteniendo en alto esa bandera, y durante los últimos años, con gran creatividad, han aplicado una política que terminó por llevar a la administración más agresiva, más ideologicista a hacer concesiones. Estas aún son pequeñas en relación con la magnitud del problema pero empieza a abrir un camino en la distensión, en la búsqueda del control de los armamentos nucleares y de la eliminación del peligro de la confrontación nuclear.

A partir de esta realidad, también hay quienes hacen conclusiones simplistas y tratan de poner todo lo que ocurre en el mundo de hoy en un solo plano: el plano del peligro del holocausto nuclear. Para esas conclusiones el mundo está moviéndose en este solo plano: cualquier cosa que ocurra en cualquier parte de nuestro planeta, «puede incendiar la

pradera nuclear»; cualquier revolución, cualquier lucha pueden incendiar esa «pradera». Los mismos imperialistas no ven así las cosas. Ellos han elaborado una estrategia que reconoce múltiples planos y la misma estrategia de «conflicto de baja intensidad» implica el que, para enfrentarse a las revoluciones en el Tercer Mundo, Estados Unidos quiere eludir meter a sus tropas. Su propósito es que pongan los muertos los pueblos de esos mismos países mientras los imperialistas ponen los dólares y las armas.

Esos conflictos no los consideran los imperialistas como conflictos capaces de llegar al enfrentamiento nuclear, ni quieren eso, porque ellos saben que se estarían enfrentando a una destrucción segura. Su estrategia por ello es variada.

Pero el simplismo no abandona del todo nuestro campo que ha empezado a desligarse, afortunadamente, del dogmatismo.

Hay quienes abogan no solo por un mundo desnuclearizado sino por un mundo sin violencia.

Uno se pregunta: en las condiciones de este mundo, en donde no solo hay una gran interdependencia sino muy agudas contradicciones, con este Tercer Mundo relegado cada vez más al furgón último de la cola de la historia y del que no puede salir sino realizando transformaciones muy profundas y asegurando su derecho a la autodeterminación e insertándose en el mundo moderno, lo cual significa una lucha tremenda, significa vía revolucionaria (y cuando digo revolucionaria no digo necesariamente y en todas partes y en todas condiciones lucha armada), en este mundo así, contradictorio y explosivo, ¿es realista proponerse conquistar hoy un mundo sin violencia? Ese no es ni puede ser mundo de hoy. Ese será el mundo del socialismo y del comunismo, pero, subrayo, no es el mundo de hoy.

Además, no es cierto que cualquier chispa puede incendiar la pradera nuclear: ¿creen ustedes que por El Salvador va a haber guerra nuclear, que va a haber guerra nuclear por Nicaragua, por Colombia, para no mencionar todo lo que pasa en África y Asia? Eso no cabe en ninguna lógica elemental.

Por otra parte hay que decir que no existe otra manera de aportar a la paz en lo que concierne a los pueblos del Tercer Mundo, que profundizando su lucha contra el imperialismo y por librarse de él. No pude pedirseles a nuestros pueblos otra forma de aportar a la paz, porque es la que influye en todo el contexto de las relaciones políticas e impacta dentro de los mismos Estados Unidos, y obligará a fin de cuentas a remodelar todo el conjunto de las relaciones mundiales, innovar en las relaciones políticas del mundo actual.



>> la lucha revolucionaria en que ahora estamos inmersos, el viraje de nuestro Partido, es lo que nos ha ido llevando a comprender mejor todas estas facetas:
las del Che como pensador
y del Che como revolucionario en la acción. <<

EDICIONES



INSTITUTO SCHAFIK HÁNDAL